

INFANTIL



© Del texto: 2001, Julia Álvarez

© De la traducción: 2004, Liliana Valenzuela. Publicado con la autorización de la agencia Stuart Bernstein Representation for Artists, Nueva York. Todos los derechos reservados.

© De esta edición:

2011, Editorial Santillana, S.A.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382 • Fax 809-689-1022

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-613-9

Registro legal: 58-347

Impreso en República Dominicana

© De las ilustraciones: 2011, Carmen Deñó

Tercera reimpresión: octubre de 2014

Cuarta reimpresión: febrero de 2017

Quinta reimpresión: junio de 2018

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

De cómo tía Lola vino de visita a quedarse

Julia Álvarez

Traducción de Liliana Valenzuela



Ilustraciones de Carmen Deñó





Índice



Tía Lola viene de visita	11
<i>Welcome</i> , tía Lola	23
El gran secreto	35
Amor de la buena suerte	49
La guerra de las palabras en español	63
Tres días alegres en Nueva York	79
Dos meses alegres en Vermont	93
La fiesta de cumpleaños de mami	105
El mejor lugar del mundo	117
La ñapa	129
Unas palabras sobre el español	143



*Para Susana,
que podría ser tía Lola
si fuera de las islas
si le gustara maquillarse y ponerse elegante
si usara tacones
si tuviera el cabello negro azabache
y un lunar falso junto a la boca
si hablara español
si fuera mi tía
en vez de mi querida amiga*

*y
para mis queridas tías:
tía Rosa y Tití y tía Idalita
tía Teolinda y tía Laurita y tía Josefina
tía Ana y tía Claudina y tía Fofi y tía Edí
tía Anny y tía Lulú y tía Clara
tía Carmenza y tía Estela,
tantas tías queridas
que ayudaron a criarme
y me dieron con su amor,
esperanza y alegría.
¡Gracias, tías!*





Tía Lola viene de visita

—¿Por qué mejor no le decimos sencillamente *aunt* Lola? —Miguel pregunta a mamá.

Mañana llega a visitarlos a su nueva casa en Vermont la tía de la República Dominicana. Esta noche están desempacando las últimas cajas con las cosas de la cocina antes de cenar.

—Porque no sabe inglés —explica mamá.

—En español, *aunt* se dice “tía”, ¿verdad, mami? —pregunta Juanita. Cuando mamá les da la espalda, Juanita le sonrío a Miguel con un aire de sabelo-todo.

Mamá mira con tristeza el plato hondo azul que acaba de desempacar.

—¿Te das cuenta, Miguel? —dice—. Si le dices *aunt*, no va a saber que te estás dirigiendo a ella.

Qué importa, piensa Miguel, no tendré mucho que decirle excepto “¡Adiós!”. Pero mejor se calla la boca. Sabe por qué mamá está mirando fijamente el plato hondo azul y no quiere molestarla a medio recuerdo.

—O sea que, Miguel, por favor —le dice mamá—, dile tía Lola y ya. ¿Okey?

Miguel asiente con la cabeza o quizá solo se aparta el pelo de los ojos con un movimiento brusco. Una de dos.

Es el último día de enero. Hace cuatro semanas, durante las vacaciones de Navidad, se mudaron de la ciudad de Nueva York a la casa de la finca que mami alquiló por teléfono a un corredor de fincas. Los padres de Miguel y Juanita se están divorciando, y a mami la han contratado como psicóloga de una universidad pequeña de Vermont. Papi es un pintor que por las noches instala las decoraciones de las vitrinas de los grandes tiendas de la ciudad.

Todas las mañanas, en lugar de ir andando a la escuela como solían hacer en Nueva York, Miguel y Juanita esperan la guagua escolar junto al buzón. Todavía está oscuro cuando se montan en ella y van por el camino de tierra hacia el pueblo, pasando por el criadero de ovejas de la finca vecina. También está oscuro cuando vuelven al final del día y entran solos a la casa fría. A mami no le parece bien que Miguel y Juanita estén solos sin una persona adulta, y es sobre todo por eso que ha invitado a tía Lola a visitarlos.

¿No sería mejor pedirle a papi que se quedara con ellos?, a Miguel le gustaría sugerir. En realidad no comprende por qué sus padres no siguen casados, aunque no se lleven bien. Después de todo, él no se lleva muy bien que digamos con su hermana menor, pero mamá siempre dice: “¡Juanita es de tu familia, Miguel!” ¿Por qué no opina lo mismo de papi? Pero Miguel no se atreve a sugerirlo. Hoy día, mami llora

por cualquier cosa. La primera vez que llegaron a esta vieja casa de paredes blancas y descascaradas, a mamá se le aguaron los ojos.

—Parece que está embrujada —exclamó Juanita ahogando un grito.

—Parece un basurero —corrigió Miguel a su hermanita—. Ni Drácula viviría aquí. —Pero entonces, al ver la cara triste de mamá, agregó con rapidez—: ¡Así que no hay que tener miedo de los fantasmas, Nita!

Mamá sonrió a pesar de las lágrimas, agradeciéndole su comprensión.

Después de vaciar y ordenar el contenido de algunas de las cajas, la familia se sienta a cenar. Cada uno ha escogido la lata que quiere llevar a la mesa: Juanita unos SpaghettiOs, mamá unas habichuelas rojas y Miguel una lata de papitas fritas Pringles.

—Solo por esta noche, para acabar de instalarnos antes de que llegue tía Lola —dice mamá, para explicar esta cena tan rara.

De noche, llega tan tarde del trabajo que le queda poco tiempo para vaciar las cajas de la mudanza y cocinar. Casi siempre han estado comiendo en el pueblo en el restaurante Rudy's. El dueño, Rudy, un hombre simpático y de mejillas sonrosadas, les ha hecho una oferta especial.

—El “Vagón de bienvenida” —lo llama—. Tres comidas por el precio de una y me enseñan un poco de español. —Pero incluso Miguel ya se hartó de comer pizza y *hot dogs* con papas fritas.

—Gracias por esta cena tan buena, mami —dice Juanita, como si mamá la hubiera cocinado y metido en las latas con las etiquetas de Goya y SpaghettiOs, para luego nada más recalentarla en el microondas. Juanita siempre ve el lado bueno de las cosas.

—¿Me das unas papitas, Miguel? —le pregunta.

—Esta es mi lata —le recuerda Miguel.

—Pero puedes compartirla —advierte mamá—. Hagan como que estamos en el restaurante chino y compartimos todos los platos.

—No somos chinos —dice Miguel—. Somos latinos.

En su nueva escuela, le ha dicho lo mismo a sus compañeros de clase. En Nueva York, había muchos muchachos parecidos a él. Algunos hasta pensaban que él y su mejor amigo, José, eran hermanos. Pero aquí en Vermont, su cabello negro y su piel canela llaman la atención. Se siente tan distinto a los demás. “¿Eres de la India?”, le preguntó un niño, intrigado. Otro le pregunta si su color se desvanece, como un bronceado. En tres semanas no ha hecho un solo amigo.

—No dije que pretendan ser chinos —suspira mamá—, solo que hicieran como si estuvieran en un restaurante chino... —dice, y de pronto parece que va a llorar.

Miguel le pasa bruscamente su lata de papitas a Juanita, lo que sea para evitar que su mamá se ponga a llorar otra vez. Ella se queda mirando el plato hondo como si hubiera olvidado que estaba allí, bajo su comida todo este tiempo. En ese plato azul estuvo el bizcocho que la mamá y el papa de Miguel compartieron a cucharadas el día de su boda. Hay una foto de ese

momento en el álbum blanco, en la caja marcada ÁLBUMES/ÁTICO, que mamá dice que puede que desempaque algún día más adelante en un futuro lejano tal vez.

Juanita también debe haber notado lo triste que está mami. Comienza a hacer preguntas sobre tía Lola porque mami se pone feliz al hablar de su tía favorita, de cuando estaban allá en la isla donde nació.

—¿Cuántos años tiene, mami?

—¿Quién?

—Tía Lola, mami, tía Lola que viene mañana —dice Juanita en español. Mami también se pone feliz siempre que sus hijos usan palabras en español. *Aunt* se dice “tía”. *Tomorrow* es “mañana”. ¿Es muy mayor?

—En realidad, nadie sabe cuántos años tiene tía Lola. Nunca lo dice —responde mamá. Sonríe de nuevo. Tiene una mirada lejana—. Es tan joven de espíritu que no importa. Va a ser muy divertido tenerla en casa.

—¿Está casada? —pregunta Juanita. Mami les ha dicho que tienen montones de primos en la isla, pero, ¿hay entre ellos algunos hijos de tía Lola?

—Me temo que tía Lola nunca se casó —suspira mami—. Pero, mis hijos, háganme un favor. No se lo vayan a mencionar, ¿okey?

—¿Por qué no? —Juanita quiere saber.

—Es un tema delicado —explica mamá.

Juanita pone cara de no-entendiendo-ese-problema-de-matemáticas.

—Pero, ¿por qué no se casó?

Miguel toma la palabra antes de que mamá pueda responder. No sabe cómo le vino a la mente esta idea, pero de pronto sale de su boca sin que pueda detenerla.

—No se casó para no tener que divorciarse nunca.

Mami trata de contener las lágrimas. Se levanta rápidamente y sale del cuarto.

Miguel examina la imagen de las habichuelas en la lata que mamá escogió para la cena. Una pequeña habichuela lleva puesto un sombrero mexicano.

—¡Hiciste llorar a mami! —dice Juanita antes de ponerse a llorar también y salir del cuarto siguiendo los pasos de su mamá.

Miguel está solo en esa cocina, en medio de corrientes de aire, con la mesa que recoger y todos los platos sucios que lavar. Mientras lava en el fregadero, mira por la ventana el mundo helado de afuera. Arriba en el cielo, la luna es apenas una fina tajada de plata. Parece como si alguien se hubiera tragado casi toda la luna y hubiera dejado solo este rayito de luz para que Miguel pueda ver.

Por primera vez desde que supo que vendría, se alegra de que mañana llegue su tía. Será agradable tener a una cuarta persona —que todavía le hable— en casa, aunque se llame tía Lola.

A la mañana siguiente, en el aeropuerto, la mamá de Miguel no encuentra dónde estacionarse.

—Entren muchachos, no vaya a ser que no la veamos. Los alcanzo tan pronto como encuentre un parqueo.

—Yo te ayudo —ofrece Miguel.

—Miguel, amor mío, ¿cómo vas a ayudarme? No tienes licencia de manejar. Si te agarra un policía, te lleva preso —bromea mamá.

Con lo nervioso que está Miguel con la visita de

su tía, con su escuela nueva y con la mudanza a Vermont, piensa que pasar el próximo año solo en la cárcel no estaría nada mal.

—Por favor, mi cielo, ¿podrías entrar con tu hermana y buscar a tía Lola? —La voz melosa de mamá es como un puñado de pedacitos de chocolate del paquete que guarda en la despensa: irresistible.

—¡Los quiero mucho! —les dice a los muchachos en español cuando se bajan del carro.

—¡Igualmente! —le responde Juanita.

La multitud hormiguea a su alrededor en la pequeña pero concurrida terminal.

Juanita le toma disimuladamente la mano a Miguel. Está asustada, como si todo el español que le ha presumido a mamá acabara de tomar un avión a Sudamérica.

—¿Podremos reconocerla? —pregunta.

—Esperaremos a que alguien que parezca estar buscándonos salga del avión —dice Miguel.

¡Ojalá mamá se apure y encuentre un lugar donde estacionarse!

Varios hombres de negocios pasan deprisa, mirando el reloj, como si ya hubieran llegado tarde a cualquier cita. Detrás de ellos, una abuela pone en el suelo su funda de compras llena de regalos al mismo tiempo que dos niños corren hacia ella y le echan los brazos al cuello. Un joven mira lentamente a su alrededor como si se hubiera bajado en la estación equivocada. Una muchacha abraza a su novio, quien la besa en la boca. Miguel mira hacia otro lado.

¿Dónde está su famosa tía?

La multitud se dispersa y todavía no hay señales de ella. Miguel y Juanita se acercan al mostrador de la aerolínea y le piden a una señora que por favor llame a su tía por la bocina.

—No sabe nada de inglés —explica Miguel—, solamente español.

La mujer del traje azul tiene tantas pecas que parece como si alguien le hubiera echado una funda llena de ellas a la cara.

—Lo siento, muchachos. Estudié un poquito de español en la escuela secundaria, pero eso fue hace siglos. Se me ocurre algo. Llámenla ustedes mismos.

—Que lo haga ella —dice Miguel, empujando a su hermana hacia el mostrador. Aunque él es el mayor, Juanita siempre es la que se luce con su español frente a papá y mamá.

Juanita niega con la cabeza. Se ve asustada, como si estuviera a punto de llorar.

—No hay de qué tener miedo —la anima Miguel, como si él hubiera llamado a su tía por una bocina toda la vida.

—Así es, cariño —dice la mujer, asintiendo con la cabeza hacia Juanita. Pero Juanita no cede. Luego, dirigiéndose a Miguel, sugiere—: Ya que ella está asustada, ¿por qué no lo haces tú?

—Yo no hablo español —dice Miguel. En realidad no es una mentira, pues Miguel no sabe suficiente español como para hablar ante toda una terminal.

—Sí, tú también lo hablas —gimotea Juanita—. Sí lo sabe, pero no le gusta hablarlo —le explica a la empleada de la aerolínea.

—Inténtalo —dice la señora pecosa, abriendo una puertecita para que los muchachos pasen detrás del mostrador, a una oficina que hay al otro lado. Un hombre calvo de rostro cansado y con audífonos puestos está sentado frente a un escritorio, dando vueltas a los botones de una máquina. La mujer le explica que los muchachos tienen que llamar a una tía que está perdida y no habla inglés.

—Ven acá, hijo —dice el hombre y le hace señas a Miguel para que se acerque—. Habla por aquí, por el micrófono. Probando, probando —ensaya. Ajusta unos botones y corre su silla para que Miguel pueda ponerse a su lado.

Miguel recorre el micrófono con la mirada. Se le revuelve el estómago y tiene la mente en blanco. Lo único que recuerda en español es “tía Lola” y “hola”.

—Hola, tía Lola —dice Miguel en español por el micrófono. De pronto, las palabras empalagosas que mamá le dice todas las noches cuando lo acuesta, las que dijo cuando él y Juanita se bajaban del carro, se le escapan de la boca—: Te quiero mucho.

Juanita lo mira, sorprendida. Miguel hace mala cara.

—Es lo único que recuerdo —dice refunfuñando. Con todas las cosas que últimamente se le escapan de la boca, va a tener que ponerse una mordaza.

—¡Yo recuerdo más! —alardea Juanita. Da un paso adelante, olvidándose del miedo, y habla por el micrófono—: Hola, tía Lola —dice con voz sonora, como si estuviera anunciando tiempo soleado para mañana por la televisión—. Te esperamos en el mostrador. Te quiero mucho —dice al final, como Miguel.



Cuando Miguel y su hermana salen de la oficina, escuchan tremendo grito. No es un grito en español, ni un grito en inglés. Es un grito que cualquiera en cualquier lugar entendería.

Alguien está muy contenta de verlos.

Tía Lola se encuentra al otro lado del mostrador. ¡Es inconfundible! Tiene la piel del mismo color canela claro que ellos. Lleva el cabello negro recogido en un moño coronado por una cayena rosada. Tiene los labios pintados de rojo encendido y un lunar grande y negro junto a la boca. Su colorido vestido de verano tiene unas cotorras que vuelan hacia unas palmeras, y las flores del estampado parecen estar listas para saltar de la tela, si tan solo pudieran hacerlo.

Justo detrás de la tía aparece mamá con sus botas para escalar y una chaqueta de invierno azul marino, un gorro y unos guantes rojos.

—¡Tía Lola! —exclama.

Se abrazan y se besan y vuelven a abrazarse. Cuando tía Lola se aparta, ¡su lunar ha desaparecido!

—Estos dos —le dice en español tía Lola a la mamá, señalando a Miguel y a Juanita—, estos dos me dieron la bienvenida a este país. ¡Ay, Juanita! ¡Ay, Miguel! —exclama y extiende los brazos para abrazar a sus sobrinos—. ¡Los quiero mucho!

Es una voz irresistible. Como tres puñados de pedacitos de chocolate del paquete de la despensa, una lata de Pringles y sus SpaghettiOs favoritos, todo para él. Por un instante, Miguel se olvida de la mudanza reciente, de su papi y de los amigos que ha dejado en Nueva York. Cuando tía Lola lo envuelve en sus brazos, él también la abraza, tan fuerte como puede.